

December 2003

Número 45: 2º Domingo de Adviento-Domingo 28 de Diciembre de 2003

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2003) "Número 45: 2º Domingo de Adviento-Domingo 28 de Diciembre de 2003," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2003 : No. 45 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2003/iss45/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 045 – Diciembre 2003**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina*Este material puede citarse mencionando su origen**Responsable para el mes de Diciembre de 2003: René Krüger***Domingo 7 de Diciembre de 2003 – 2º Domingo de Adviento**Salmo 126; Malaquías 3:1-4; Filipenses 1:3-11; *Lucas 3:1-6***Introducción**

El texto para este domingo tiene carácter programático. Con un lenguaje de tono solemne y altamente estilizado vincula la actuación de Juan el Bautista, relacionada con el comienzo de la actuación pública de Jesús, con el marco cronológico del gran imperio. Partiendo de una múltiple sincronización política (Tiberio y las demás autoridades indicadas) y religiosa (los sumos sacerdotes) pasa de inmediato al impacto de la Palabra de Dios sobre Juan y al ministerio de éste, retomando así lo dicho en Lc 1,80. De esta manera, Lucas establece que el evento histórico-salvífico, al cual también se halla subordinada la actuación del Bautista, se realiza dentro de un marco histórico sumamente preciso y en un espacio dominado por poderes imperiales y religiosos dominantes. Desde el vamos, el hecho de Jesús adquiere así un carácter oposicional latente con respecto a los grandes poderes, pues carece de la autorización por parte de Roma, como sí la tenían todos los demás personajes enumerados.

Lucas introduce a Juan el Bautista, a veces llamado “predecesor” de Jesucristo; y se centra en una síntesis de su mensaje y su actividad bautismal. El texto para el domingo siguiente contendrá muestras concretas de su predicación.

Estudio exegético

Lc 3,1-2 enumera los personajes más encumbrados de aquel momento histórico, comenzando con el emperador romano. El año 15 del emperador Tiberio fue probablemente el año 28-29 d. C. Poncio Pilato fue gobernador de Judea y Samaria del 26 al 36. Acto seguido Lucas baja un peldaño en la escala de la autoridad y presenta a las autoridades locales, que también gozaban de la autorización por parte de Roma. Herodes Antipas (hijo de Herodes el Grande) era tetrarca de Galilea y la región al este del Jordán del año 4 a. C. hasta el 39 d. C. Su medio hermano Felipe gobernaba sobre Iturea y Traconítida del 4 a. C. al 34 d. C. Las fuentes antiguas difieren ligeramente en la designación de algunas de estas regiones. Abilinia era una región al noroeste del Líbano, donde regía Lisinias. Luego de estos mandatarios políticos, Lucas menciona a los sumos sacerdotes Anás y Caifás (yerno y sucesor de Anás), personificación del poder religioso y relacionados con el poder político, de lo cual dará testimonio el relato de la pasión de Jesucristo.

Ahora el texto produce un salto teológico, pues pasa abruptamente de la lista de los poderosos a la humilde figura de Juan, hijo de un sencillo servidor del templo, y a un lugar por cierto sin palacios ni cuarteles, pero sí cargado de hondo significado teológico por ser lugar de manifestaciones de Dios (teofanías): el desierto. La revelación de Dios no necesita de castillos, torres, templos y explanadas impresionantes. Necesita tan sólo a personas dispuestas.

La formulación *Vino la palabra de Dios* recuerda los tiempos de los profetas, indicando que luego de varios siglos de silencio profético, Dios volvió a actuar a través de un profeta. Nótese que Lucas es el único evangelista que indica este empuje divino de la misión de Juan.

La actuación del Bautista es la respuesta inmediata al llamado de Dios. Lucas amplía el radio de acción (toda la región contigua al Jordán) en comparación con Marcos y Mateo, que hablan sólo del desierto.

Lc 3,3 sintetiza el contenido de la predicación del Bautista con la formulación *bautismo de arrepentimiento para perdón de los pecados*. La vinculación de *bautismo de arrepentimiento* con el *perdón de los pecados* constituye una novedad, ya que es independiente del culto del templo y del servicio de los sacrificios. Nótese, además, que para Lucas el arrepentimiento y el perdón son tan sólo preparación para la salvación, pero no la salvación misma. El término *perdón* (*áfesis*) tienen peculiar significación para Lucas, que lo emplea 10 veces en su doble obra (5 en el EvLc y 5 en Hch). Mateo lo emplea una sola vez y Mc dos veces.

Luego sigue la prueba de la Escritura, que enlaza la misión de Juan con el plan general de Dios anunciado por Isaías. Lucas cita el texto profético más ampliamente que Marcos, dando a entender que en el mensaje y la actuación de Juan se conjugan el llamado al arrepentimiento y la promesa de la salvación. Los verbos en pasivo *será rellenado* y *será bajado* remiten a la acción divina: Dios mismo enderezará lo torcido o descarriado, vencerá las asperezas y bajará lo encumbrado. En la versión de Reina-Valera no aparece toda la fuerza de estos pasivos divinos: *Todo valle se rellenará, y se bajará todo monte y collado*. El texto isaiano refleja una costumbre de monarcas orientales de hacer arreglar los caminos para sus viajes y entradas especiales a ciudades. Aquí el Mesías envía a su heraldo Juan, cuya acción de “nivelación” se combina con la de “emparejamiento” llevada a cabo por Dios, que a su vez incluye un fuerte tinte contracultural ya que *bajará* a los encumbrados – un tema recurrente en Lucas, tratado en el Magnificat, las bienaventuranzas y los ayes, y el relato del rico y Lázaro.

La ampliación de la base de Mc con la cita completa concluye con la visión universalista, bello remate de toda la construcción histórico-salvífica. *Toda carne* significa *toda la humanidad, toda la población de la tierra*. No puede haber ampliación mayor que ésta de la oferta salvífica. Lucas establece así desde el vamos y como principio la amplitud de su propuesta para toda la humanidad.

La *salvación* (*sotêriôn*) de Dios es la *salvación* mesiánica y como tal, el Mesías Salvador en persona como mediador de la *salvación*. Aquí el texto recuerda las palabras de Simeón en Lc 2,30-32, que había anunciado la salvación para todos los pueblos y que califica al niño que tiene en sus brazos con el mismo término *sotêriôn*, forma neutra substantivada del adjetivo *sotêriôs* (literalmente: *salvífico, lo que trae salvación*), aplicada por metonimia al Mesías.

Juan es el puente para ese proceso, introduciendo anticipadamente la actuación de Jesús.

La afirmación de que la actuación del Bautista se vincula con el *perdón de los pecados* construye una oposición al sistema sacrificial, centrado en el templo de Jerusalén y fuente altamente lucrativa para la casta sacerdotal elevada. Por su parte, la construcción ideológica de

los fariseos había llegado a colocar a gran parte de la población en una postura de desventaja en lo que se refería a las exigencias de la pureza (de origen levítico) en la vida diaria. Por cierto pesaba mucha acusación sobre una población abrumada por exigencias, condiciones, obligaciones y requisitos religiosos y económicos de todo tipo.

Por su parte, en la religión judía de aquel entonces se practicaba el bautismo de los prosélitos (además de la circuncisión para los varones), aplicado a no judíos que manifestaban su decisión de pasar al judaísmo. Representaba el lavado de la persona pecaminosa, necesario por su vida fuera del ámbito de la Torá. Al plantear ahora un bautismo para remisión de los pecados, Juan está tratando a sus propios correligionarios judíos como gentiles, personas sin Dios y fuera de la Torá, que necesitan arrepentirse, confesar sus pecados y colocarse bajo el señorío de Dios; pero al mismo tiempo se está oponiendo al modelo del paso ritual al judaísmo y sobre todo se opone al esquema sacrificial y a las exigencias farisaicas de cumplimiento puntilloso de la ley.

Los vocablos *arrepentimiento* y *conversión* no logran expresar toda la riqueza del término griego *metánoia*. Ésta incluye un cambio de toda la persona: la mente (pensamientos), el corazón (según las diferentes imágenes culturales representa el deseo, la voluntad, el centro de la personalidad), las actitudes, la orientación general de la vida. Entonces convendría traducir *bautismo de arrepentimiento con referencia al perdón de los pecados*, para hacer algo más de justicia a la intención de la fórmula y a los efectos de evitar una concepción más bien mágica del bautismo de Juan.

Reflexión teológica

Destacamos muy brevemente dos temas que merecen una reflexión teológica: el carácter contracultural del movimiento de Jesús y las implicancias del bautismo.

1. La mayoría de los comentaristas indica que Lucas está suministrando una sincronización para ubicar históricamente el tiempo de la actuación de Jesús. Pero el texto contiene muchísimo más. Es un manifiesto a favor de quienes no tienen poder al estilo de emperadores, gobernadores, reyes y sumos sacerdotes. Es más: Lucas construye una oposición entre los encumbrados de su época y quienes se involucran en la actuación de Dios: Juan, Zacarías, Jesús mismo, el público del Bautista y luego las seguidoras y los seguidores de Jesús. Dios construye su reino con todas las personas dispuestas a abrirse a su Palabra. Algunos de los “notables” de Lc 3,1-2 volverán a ser mencionados en este evangelio; pero ninguno de ellos se sentirá interpelado por esa Palabra ni se plegará al movimiento de Jesús. Al contrario, construirán una creciente oposición a Jesús y a los suyos. Pero la victoria final le pertenece a Dios.

2. La intervención de Dios se manifiesta en el perdón de los pecados que coloca las bases para una vida nueva. El perdón, a su vez, está intrínsecamente vinculado con la salvación realizada por Jesucristo. Arrepentimiento, perdón, salvación en Cristo, vida nueva conforman un todo inseparable. Así como no hay persona, grupo, nación o etnia que deba quedar fuera del alcance de esta oferta, tampoco hay generación, época o tiempo que no necesite de este llamado.

La Iglesia peca grandemente si silencia los contenidos centrales de este “paquete” o si se dedica en exceso a uno sólo de ellos, olvidándose de la interrelación entre todos. Hablar exclusivamente de las exigencias del arrepentimiento es tan nocivo como dar por sentado de que “ya somos todos cristianos”, reduciendo el compromiso con el evangelio a un par de

reglas de buena convivencia. Exigir profundos cambios de vida como también en las estructuras en las que nos movemos pero no anunciar claramente la intervención de Dios en Jesucristo es transformarse acaso en profeta sin llamado divino. Bautizar y dejar conforme a todo el mundo sin llamar al compromiso con Jesucristo es tan perverso como provocar constantemente una mala conciencia por el incumplimiento de las elevadas exigencias del evangelio. En síntesis, la correcta vinculación de arrepentimiento, perdón, gratuidad de la salvación y compromiso cristiano exige constantes ejercicios de relectura de los textos bíblicos y de los signos de nuestros tiempos.

Sugerencias homiléticas

A la hora de elaborar el sermón, cada cual tendrá que optar por uno de los temas teológicos que contiene el texto. Con seguridad podrán sacarse varias temáticas adicionales a las dos presentadas en este breve estudio exegético-homilético.

La opción por el tema de la oposición entre los humildes y los encumbrados podría trabajar con las siguientes puntas:

- Dios opta por los humildes, insignificantes, pobres, sencillos; y les propone una vida nueva.
- Los encumbrados se enfrentan con el desafío de aceptar esta opción de Dios y adecuar sus vidas a esta novedad.
- ¿Cómo se lleva a cabo hoy esa opción de Dios?

La opción por el segundo tema indicado podría incluir los siguientes planteos:

- Breve autonálisis de la actuación de nuestra respectiva Iglesia.
- ¿En qué punto de nuestras vidas nos toca personalmente el “estilo” de actuación de Dios?
¿En qué consiste la vida nueva, cifrada en los términos “clásicos” del arrepentimiento, el perdón, el cambio?
- ¿Qué le falta concretamente a nuestra respectiva Iglesia para no quedar “renga” con respecto al “paquete” completo de la oferta del Evangelio?

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 045 – Diciembre 2003**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina*Este material puede citarse mencionando su origen**Responsable para el mes de Diciembre de 2003: René Krüger***Domingo 14 de Diciembre de 2003 – 3º Domingo de Adviento**Salmo 12:2-6; Sofonías 3:14-18; Filipenses 4:4-7; *Lucas 3:7-18***Nota: Este EEH fue preparado para un Seminario de Homilética, siendo por ello más extenso que de costumbre.****Estudio exegético**

Luego de la presentación de un compendio del mensaje de Juan el Bautista en los versículos anteriores, el evangelista da ejemplos concretos de la predicación de arrepentimiento y de cómo preparar en cada caso el camino del Señor. Esta construcción literaria con el diseño triple de llamado al arrepentimiento, exhortación ética y proclamación misionera posiblemente provenga de un conocido esquema de instrucción bautismal del cristianismo primitivo (algo similar se encuentra en Hch 2,37-41.)

La imagen de la *ira venidera* proviene del material profético que habla del *día del Señor*, el día del juicio al final de los tiempos que sobrevendrá a todos los que se oponen a Dios y a su pueblo. En el texto lucano, la *ira* también alude al juicio que se producirá mediante la venida del Mesías y que separará entre quienes lo acepten como tal y quienes no lo hagan. La divisoria entre el pueblo del antiguo pacto y los paganos se traslada ahora al interior del mismo pueblo elegido.

La gente viene a ser bautizada por Juan, que califica a su público de *generación de víboras* (en Mt 3,7 este juicio durísimo se refiere sólo a los fariseos y saduceos.) La expresión indica que esas personas tienen algo de las características de la serpiente. En el imaginario bíblico, estamos ante una referencia al Maligno (véase también Jn 8,44). Debe notarse que aquí no se emplea el término corriente *ofis* para referirse a la *víbora*, sino *ejídna*, que designa la *serpiente venenosa*. Es decir, se enfatiza la ponzoña. La serpiente que produce tal desastre sólo puede ser combatida y liquidada. En la medida en que el Bautista desenmascara la actitud y el carácter de la gente mediante esta imagen ponzoñosa y mortífera, destroza de un solo golpe la soberbia basada en los supuestos privilegios de la filiación abrahámica.

La filiación abrahámica carnal era el orgullo de Israel. Muestra de la sobrevaloración de Abrahán como el padre del pueblo de Israel es la ecuación *simiente de Abrahán = judíos*. Interessantemente esta identificación, que en realidad se oponía a la incorporación de prosélitos desplegada por el propio judaísmo de la diáspora, no llegó a convertirse en un impedimento serio para esta actividad.

Se creía que el trío de patriarcas constituía la garantía para la salvación de sus hijos. El Testamento de Leví afirma en 15,4: *Si no fuera por Abrahán, Isaac y Jacob, nuestros antepasados, ni uno sólo de mi descendencia quedaría sobre la tierra*; y el Testamento de Aser establece en 7,7: *Pero el Señor os congregará fielmente por medio de la esperanza en su misericordia, a causa de Abrahán, Isaac y Jacob*. La descendencia de Abrahán era de importancia esencial en el orden soteriológico y con relación a la vida eterna. Los méritos del patriarca garantizaban a Israel su participación en el reino de Dios y le ayudaban de múltiples maneras: protección en peligro y necesidad, socorro en la guerra, cumplimiento de los méritos deficientes de israelitas imperfectos, intercesión, expiación de pecados. Abrahán incluso liberaría a sus descendientes del fuego del infierno. En resumen, la descendencia étnico-carnal-religiosa de Abrahán le confería privilegios y seguridad salvífica al israelita, pues las obras buenas de los padres, sobre todo de Abraham, conformaban un tesoro del cual los imperfectos y pecadores podían recibir compensaciones para completar su propia justicia imperfecta y adquirir perdón por sus pecados. El principio fundamental para este conjunto de concepciones se encuentra en la siguiente comparación: tal como la vid se apoya en maderas secas (= palos), siendo ella misma lozana, así se apoyan los israelitas en los méritos de sus padres, a pesar de que éstos duermen. En su *Diálogo con el judío Trifón*, Justino presenta acertadamente estas concepciones populares de la extensión de los méritos de Abrahán a sus descendientes carnales, acusando a los judíos de lo siguiente: “... imaginándoos que, por ser descendencia de Abrahán según la carne, ya vais a todo trance a alcanzar los bienes que Dios prometió dar por medio de su Cristo” (44,1). En la afirmación del privilegio abrahámico coincidían fariseos y saduceos, por lo demás enfrentados en muchos puntos de sus respectivas doctrinas.

Para Juan, quienes sostenían esa falsa seguridad estaban envenenados y envenenaban a otros. *¡Ustedes son generación y nidos de víboras, simiente de serpientes, y no lo que ustedes creen ser: simiente de Abraham!*

Ahora bien, Juan no estaba sólo con esta crítica. La misma fue preparada por la prédica profética del AT, pero no llegó a formularse con la misma claridad. Se puede constatar que diversos grupos y autores plantearon con sinceridad la pregunta crítica acerca de quién era (o podía ser considerado) un verdadero hijo de Abrahán. Sus respuestas pueden condensarse en una afirmación praxeológica: verdaderos hijos de Abrahán son aquellos que siguen el ejemplo del patriarca. Según la concepción que se expresa en diversos textos, ni la ascendencia abrahámica ni la intercesión del patriarca tienen valor salvífico automático para el destino de Israel en general y/o para el resultado del juicio inminente a nivel individual.

El Bautista habla con el pleno poder del emisario de Dios: *Porque les digo...* Juan ataca todo pretexto, toda pretensión, todo intento de hacerle exigencias a Dios sobre la base del acaparamiento de una figura esencial del pasado histórico-religioso de Israel.

La referencia a la *ira* en Lc 3,7 opone el juicio divino a la ideología de la seguridad salvífica. La indicación de los frutos evidencia que el predicador quiere fomentar una praxis que corresponda a la voluntad de Dios. El Bautista no desarrolla, pues, ninguna discusión teológica que ponga en duda la validez de la religión de los abrahámitas o defienda, por ejemplo, la igualdad de todas las religiones. Ataca la confianza salvífica y el prestigio de la descendencia porque servían de excusas para la falta de una praxis concreta de frutos de arrepentimiento. Libra una batalla contra un modelo de vida cuya práctica (los no frutos) se basa en una teoría equivocada (la confianza en una ascendencia), y que sólo produce *juicio*.

La inutilidad de la ascendencia en el orden salvífico es ilustrada mediante el empleo de la curiosa figura *hijos de piedras*. Es posible que la imagen inusitada se base en un juego de palabras construido sobre la asonancia aramea entre *hijos* y *piedras* (*benaya* – ‘*abnaya*’). En hebreo puede formarse el mismo juego de palabras: *banim* – *abanim*. Quizá el Bautista haya empleado también un elemento visual concreto: las piedras en la ribera del Jordán (*estas piedras*).

La imagen de los hijos nuevos de Abrahán contiene varias dimensiones: creación de vida a partir de lo muerto y estéril; reemplazo de los supuestos hijos de Abrahán por hijos verdaderamente vivos a partir de un acto de creación; hasta las piedras encierran más posibilidades que los autosuficientes; la inutilidad de la ascendencia como legitimación de la falta de producción de frutos de conversión; Dios no necesita a los descendientes carnales de Abrahán, sino que puede hacerse otro pueblo. En síntesis, se rechaza el postulado que afirmaba que la salvación dependía del origen puro y se derivaba de éste.

El discurso no sólo inculca el arrepentimiento, sino también el fruto que debe corresponder a ese paso. Aquí el Bautista se halla en la misma línea que el fariseísmo y posteriormente el rabinismo. El Rabí Eliezer ben Jacob, discípulo del célebre Rabí Aquiba, dijo: “El arrepentimiento y las obras buenas son como un escudo contra el castigo” (Tratado Abot [Padres] IV,11).

Juan reorienta las promesas abrahámicas en términos de la práctica de la justicia y el amor. Con ello les devuelve el contenido original de producir bendición para toda la humanidad y no para una casta, grupo, agrupación o clase hegemónica.

El fin praxeológico de la arenga desestabilizadora del Bautista y la introducción de la necesidad de los frutos del arrepentimiento constituyen un anticipo múltiple del programa narrativo del Jesús lucano. Enfatizan la seriedad del juicio de Dios, plantean la necesidad de una praxis que corresponda al reino de Dios, anulan toda pretensión de exigencias por parte de los privilegiados y les plantean serias obligaciones, convocan a los pecadores arrepentidos, recalcan el papel de los pobres y oprimidos como destinatarios de las acciones propuestas a los arrepentidos.

El Bautista insiste en la inminencia del juicio, ante el cual no hay excusas ni escapatorias. La urgencia apremiante se condensa en una imagen que se puede retener fácilmente en la memoria: la tierra, el pasto y los yuyos ya han sido quitados de la base de los árboles (nótese la forma plural), sus raíces están al desnudo, el hacha ya está preparada y lista para actuar. Sólo quedará en pie aquel árbol que produce frutos. Para el árbol estéril no hay otro destino que la tala y la quema. Con esta cruda imagen, el Bautista se coloca en una misma línea crítica formada por los profetas, Jesús, Pablo y otros, para quienes el juicio no fue un tema menor ni una bagatela que se puede desechar fácilmente, sino una cuestión absolutamente seria.

El texto que sigue ha recibido el título de *sermón para los diferentes estados, profesiones o rangos sociales*. Como ello suena muy artificial, propongo hablar simplemente de una predicación social, en atención al contenido.

El adverbio *Entonces* es expresión de la ansiedad que causa la predicación del juicio. La inquietud básica de la gente: *¿Entonces, qué haremos?* no nace de una voluntad acaso humanista o de benevolencia generalizada por la dura arenga del emisario de Dios, sino que surge del miedo concreto al juicio inminente (cf. también Hch 2,37): *¿Qué hacer para ser salvado, es decir, no ser condenado en el juicio?*

El evangelista trabaja con su material peculiar, que le sirve para ilustrar la expresión clave *frutos del arrepentimiento*. Las respuestas del Bautista se enmarcan en una concreción formulada de manera casuística del mandamiento del amor. Nótese la diferencia entre estas instrucciones y el llamado al seguimiento total de Mc 10,17-22 y paralelos; pero por sobre todo nótese que el Bautista no remite a ritos, ceremonias, ofrendas, sacrificios, la pureza – remite al prójimo necesitado y explotado.

Juan tiene un mensaje específico y diferente para cada profesión o “estado”, poniendo su dedo en la llaga de las respectivas debilidades. La unidad del texto conformada por la instrucción ético-moral tripartita (pueblo, publicanos, soldados) evidencia un interesante paralelo con los datos del autor judío Flavio Josefo sobre Juan el Bautista (*Antigüedades* XVIII, 5,2).

Es posible que la primera instrucción (compartir túnica y comida) se relacione con la situación directa de algunas personas de la multitud, que disponían de más elementos personales mientras que otras pasaban frío y hambre. Colocado en el marco del mensaje general, la instrucción adquiere las características de un emblema ético: en un mundo, en el que algunas personas carecen de lo más necesario para sobrevivir, cualquier abundancia (y no sólo la riqueza) queda colocada bajo el mandamiento del amor al necesitado.

Con frecuencia, los publicanos aparecen asociados con pecadores y ocasionalmente con prostitutas. Constituyen los marginados de la sociedad. En ningún lado los cobradores de impuestos gozaban de popularidad, todo lo contrario; pero el colmo de los despreciados lo constituían aquellos judíos que se aliaban al poder imperial romano para representarlo ante sus congéneres y correligionarios, expoliándolos mediante extorsiones y horribles abusos.

Es interesante notar que el Bautista no condena ni rechaza a los publicanos, sino que quiere enmarcarlos en un proceder justo. Surge aquí el tema de la nueva justicia (véase Lc 7,29), también encuadrada en el mandato del amor. Los fariseos, por su parte, exigían directamente el abandono de esa profesión como paso previo al arrepentimiento. En Lc 3 se anuncia lo que más tarde quedará ilustrado por la conversión económica de Zaqueo, con la diferencia de que lo que en el relato de Lc 19 es respuesta libre a la actitud abierta de Jesús, en Lc 3 es exigencia del Bautista. Esto no quita pensar que Lucas haya empleado la tradición de la prédica del Bautista para la configuración literaria de la historia de Zaqueo.

Al hacer aparecer acto seguido a los soldados, el texto manifiesta una alta sensibilidad a las prácticas de la época, según las cuales los publicanos podían recurrir a las fuerzas armadas para imponerse en casos conflictivos (los soldados actuaban entonces de policías). Ahora bien, los soldados de Lc 3 no son los de la milicia imperial romana, que solían cometer todo tipo de abusos típicos de “chupasangres”. Los uniformados que acuden a Juan pertenecen al cuerpo militar de Herodes Antipas. Nuevamente no se les exige el abandono de su ocupación, sino la abstención de prácticas violentas y extorsivas. El verbo traducido en la versión *Reina-Valera* por *hacer extorsión* es particularmente interesante. Significa literalmente *sacudir violenta o totalmente*, y de esta manera extorsionar o quitar el dinero o la propiedad mediante intimidación o violencia – algo típico para las fuerzas armadas romanas, pero en forma más sutil también para otros poderosos y sus representantes. El siguiente verbo, *sykofantêô*, apunta a la misma dirección. Significa *acusar falsamente, presentar cargos falsos y extorsionar mediante información falsa*. El término se emplea sólo aquí y en Lc 19,8 en la promesa de reparación que hace Zaqueo.

La predicación de Juan produce un interesante cambio de perspectiva. Si en ese momento se sostenía la inminencia de un final apocalíptico con un juicio general donde todos serían

castigados, Juan anunciaba que Dios estaba del lado de los pobres, pequeños, extorsionados, explotados y maltratados; y que el juicio se relaciona con la justicia.

Notemos que Juan no impone su propio modelo de vida como paradigma para el cumplimiento de la voluntad divina. Su exigencia de justicia y amor coincide más bien con la propuesta general del profetismo del AT y sobre todo con la de Jesús y los apóstoles.

En el v. 15 el texto cambia de tema. El texto refleja una importante discusión sobre el Bautista e introduce la expectativa mesiánica del pueblo, suscitada por la proclamación del Reino de Dios y sumamente vívida en aquellos tiempos. Juan no hacía milagros – por lo menos el texto no informa nada al respecto – ni podía alegar una ascendencia davídica, pero promovía una cierta perspectiva mesiánica. Esta posibilidad incluso llevó al Sanedrín a despachar una delegación de sacerdotes y levitas a lo de Juan para averiguar su identidad (véase Jn 1,19).

La formulación misma del v. 15 indica que el evangelista quiere evitar la propagación de una eventual imagen mesiánica de Juan. Esta asociación (Juan como el Mesías) surgió en algún momento entre los discípulos del Bautista. El EvJn sabe de esta identificación y la niega (véase Jn 1,6-8.15.19-23). Una obra literaria posterior, las llamadas *Pseudoclementinas*, niega rotundamente la identificación, mientras que la literatura mandea la afirma. Los mandeos constituyen una pequeña comunidad religiosa gnóstica con ciertas referencias al Bautista, formada por unos 15.000 creyentes que hunden sus orígenes en la época neotestamentaria. Esta comunidad sobrevivió hasta el presente, sobre todo en Bagdad y Basra, Irak.

El Bautista conoce sus limitaciones y su misión. Colocado en un escalafón distinguido por la posibilidad de la adulación de la multitud, asume humildemente que él tan sólo es testigo. Remite a Aquel que es mayor que él. Los vs. 16 y 17 constituyen un compendio de la cristología del Bautista: expone lo que cree acerca de Jesús, colocando un énfasis especial por una parte sobre la dimensión del juicio – cifrado en el fuego – y por otra sobre la concepción integral de la misión de Cristo (el Espíritu Santo), que supera cualitativamente su propio ministerio del bautismo con agua. El que viene procederá como un agricultor a la hora de la separación del trigo de la paja. A diferencia de lo que ocurre en la literatura rabínica, la imagen no se aplica a la diferenciación entre Israel (trigo) y los gentiles (paja). La divisoria pasa por el pueblo mismo y se relaciona con la adhesión y la no adhesión a la voluntad de Dios representada por su Enviado, el Mesías. En el programa general de la doble obra lucana, esta distinción comienza a realizarse en la historia misma y es aplicada al proceso de formación eclesiológica a partir de la llegada del Espíritu Santo en Pentecostés.

Algunas reflexiones teológicas

El texto contiene varios núcleos teológicos, y resulta imposible tratarlos exhaustivamente aquí. Veamos algunos de ellos. Por de pronto, se plantea una pregunta fundamental y honesta para la proyección toda existencia humana: *¿Qué haremos?*, y se dan algunas respuestas concretas para situaciones y profesiones específicas.

- Al integrar la arenga contra la autoconfianza en la filiación abrahámica en su texto evangélico, Lucas la proyecta sobre la comunidad cristiana, construyendo así una nueva advertencia dirigida a sujetos de la iglesia que creen no tener necesidad de practicar frutos de conversión. De esta manera, las duras palabras pierden su carácter “antijudío” y se convierten

en un profundo cuestionamiento de la seguridad de personas cristianas prestigiosas, no arrepentidas, ricas y despreciadoras.

Cabe preguntar si la falsa seguridad abrahámica no se trasladó a dimensiones emparentadas de nuestras iglesias actuales, que monopolizan simbólicamente la salvación y en cuyo imaginario ésta se relaciona estrechamente con cuestiones étnicas o de herencia cultural (un problema de las iglesias oficiales de ciertos países y sus hijas étnicas en otros), de clases sociales (las típicas iglesias de clase media), de esquemas económicos (las que proclaman el llamado “evangelio [o teología] de la prosperidad”), de determinadas experiencias (grupos carismáticos), de construcciones litúrgicas especiales, de una determinada moldura moral o de jerarquías indiscutibles. Frente al cúmulo de tentaciones de soberbia y autoconfianza en sus propias construcciones, las iglesias de todos los tiempos están llamadas a aplicarse a sí mismas estas palabras del Bautista y preguntarse en qué consisten sus falsas seguridades.

- La áspera imagen del juicio choca frontalmente con la tendencia actual a querer “sentirse bien” (a toda costa), las ofertas relacionadas con Wellness (cosméticos, gimnasios, medicamentos, terapias, relax, muebles, filosofías y religiones). También choca con el espíritu posmoderno que relativiza prácticamente todas las cosas y que contribuye a quitarle fuerza a la idea de un juicio de Dios.

Lamentablemente, muchas iglesias y teologías también entraron en esa honda. Otras sostienen la bandera del juicio con exagerada vehemencia, cayendo en el extremo de no hacer ya teología en serio, sino de repetir sólo fórmulas antiguas para justificar sus propias prácticas y condenar las ajenas.

Considero equivocado tanto lo uno como lo otro; y sostengo que es necesario que se reflexione y se enseñe responsablemente sobre las enseñanzas bíblicas relacionadas con la idea de juicio en sus diferentes matices y aplicaciones: juicio individual, juicio sobre determinadas clases sociales, juicio sobre los ricos, juicio sobre naciones enteras, juicio histórico, juicio escatológico final, la salvación eterna y la perdición eterna. Esta reflexión debe considerar la fructífera tensión entre el juicio de Dios y la gracia divina, pues la llegada de Jesús no trajo ni una gracia barata ni un juicio superficial o simbólico.

- Compartir bienes, no engañar ni extorsionar, no hacer trampas en beneficio propio: he aquí las primeras concreciones de un cambio radical introducido por la justicia de Dios. Con cierta razón este asombroso mensaje llevó a muchos a creer que Juan mismo era el mesías.

Esta propuesta de ayuda a los necesitados no era ninguna novedad en el contexto bíblico, pero sí era una novedad que se la predicara como elemento central y definitorio de la justicia de Dios y de la preparación para la venida del Mesías. La respuesta al llamado al arrepentimiento y a la oferta del perdón no ha de consistir en ofrendas, peregrinaciones a Jerusalén o más ceremonias religiosas; sino en un cambio de vida en el orden relacional y socioeconómico.

El Bautista no exigió el abandono de la profesión, sino la práctica de la justicia. De todos modos, Juan aún se movía en el terreno de la preparación para la venida del Mesías. Una vez llegado éste, cabe preguntar si la postura del Bautista sigue siendo la adecuada ante el hecho de que diversas ocupaciones se vinculan intrínsecamente con injusticias.

Para el conjunto de las indicaciones socioeconómicas, vale lo dicho bajo la formulación de *emblema ético*: en una sociedad y en un mundo, en los que muchísimas personas carecen de lo más necesario para sobrevivir (trabajo, alimento, ropa, casa, educación, salud), ya la más mínima abundancia y mucho más aún la riqueza quedan colocadas bajo el mandamiento del

amor al necesitado. Si los que poseen más de lo necesario y los que acumulan riquezas no sacan las consecuencias prácticas de esta indicación, caerá sobre ellos la seriedad del juicio de Dios. Esto lo debemos vivir en primer lugar nosotros mismos como miembros de la iglesia cristiana; y así lo podemos anunciar con total claridad a los ricos, famosos y poderosos.

Sugerencias homiléticas

La construcción del sermón dependerá de la respectiva elección del núcleo teológico. Si se opta por el tema de la falsa seguridad, el sermón podría hacer los siguientes planteos:

- ¿En qué basamos nuestras seguridades, tanto las materiales como las de valor simbólico: estatus, poder, identidad religiosa o eclesial, etc.?
- ¿En qué se parecen esas seguridades a la falsa seguridad abrahámica atacada por Juan?
- ¿Cuál es la propuesta del texto bíblico con relación a la seguridad?

La opción por los elementos socioeconómicos podría llevar al siguiente esquema:

- ¿Cuáles son los ingredientes del actual panorama socioeconómico? Un repaso de los elementos del neoliberalismo globalizado y su confrontación con el concepto de justicia de Dios.
- ¿A qué cambios de posturas y de actitudes nos lleva el texto bíblico en este contexto?
- Concreción de los frutos del arrepentimiento: compartir, no engañar ni extorsionar, practicar la justicia.

Sin lugar a duda, el tema más espinoso es el del juicio. ¿Cómo releer hoy los numerosos textos bíblicos que hablan a las claras de esta intervención de Dios? ¿Cómo evitar la herejía de la gracia barata? ¿Cómo sortear la herejía de la moralina que sólo busca la propia justificación? ¿Cómo hablar del juicio de una manera tal que invite a un cambio de actitud, a una verdadera conversión que luego produzca frutos de arrepentimiento?

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 045 – Diciembre 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable para el mes de Diciembre de 2003: René Krüger

Domingo 21 de Diciembre de 2003 – 4° Domingo de Adviento

Salmo 80:1-7; Miqueas 5:2-4; Hebreos 10:5-10; *Lucas 1:39-45*

Estamos a pocos días de la celebración del misterio de la Navidad. Es bueno que la sabiduría litúrgica de Iglesia antigua haya dispuesto un tiempo de preparación previo a esta celebración. El profundo sentido del Adviento consiste en ayudarnos a disponernos para dejarnos sorprender por el anuncio de la llega del Hijo de Dios.

Estudio exegético

El encuentro entre María y Elisabet establece un vínculo entre los ciclos narrativos de la infancia de Juan y la de Jesús. El parentesco de ambas madres y el carácter de señal (Lc 1,36) que tiene el embarazo de Elisabet para María preparan el encuentro. Dado que el ángel había indicado esta señal, era lógico que María se prestara a visitar a su parienta.

El texto nos habla del encuentro de dos mujeres con misiones especiales en la historia de la salvación. Hay elementos que las unen, otros que las separan, y finalmente otros que son muy llamativos. Elisabet y María están unidas por ser parientas, por pertenecer a un mismo pueblo y por vivir dentro de una misma cultura.

Ambas están separadas por varios elementos. Elisabet es una mujer casada, María apenas es comprometida y con ello, sospechosa de adulterio. Elisabet pertenece a un hogar sacerdotal del llamado “bajo clero”, el comprometido de María es carpintero. A través de José, María y Jesús se vinculan con la descendencia de David; de Elisabet y de Zacarías no hay datos genealógicos. El bebé de Elisabet es respuesta a un pasado vacío en cuanto a la expectativa y la bendición de la descendencia; el bebé de María es un “proyecto” gigantesco según la anunciación: será grande, será llamado Hijo del Altísimo, recibirá el trono de David, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, será llamado Hijo de Dios...

Elisabet es una mujer mayor en la última etapa de su vida, que había sido estéril, pero que finalmente quedó embarazada. María, por su parte, es una mujer muy joven que recién comienza su vida adulta.

No debemos pasar por alto los elementos llamativos: el viaje de María (ubicada en Nazaret) hasta la casa de Zacarías y Elisabet ubicado en Judá; la visita en sí; el vínculo extraordinario a través de dos embarazos llamativos; la autonomía que despliegan ambas mujeres (los respectivos hombres no intervienen para nada).

Dos mujeres en edades casi “opuestas” comparten una situación similar. Ambas fueron ambas colocadas por Dios mismo en su plan de salvación para toda la humanidad. Hay un fuerte componente de ternura en toda la escena, que cubre todas las afirmaciones y realza el lugar central de esas mujeres en la historia de la salvación.

El texto trabaja con un interesante elemento que proviene de la tradición judía y que consiste en afirmar que la importancia de una persona ya comienza a plasmarse en el vientre de su madre. A ello se agregan en este caso la dimensión del Espíritu, que permea todas las unidades de texto de Lc 1-2, y la reflexión sobre la interrelación de todos los personajes intervinientes cifrada en la formulación *la madre de mi Señor*. Esta frase no sólo contiene la primera mención de Jesús como Señor, sino que constituye también la primera confesión personal (*mi Señor*) en Jesús.

Por el Espíritu Santo que recibe Elisabet, ella se convierte en profetiza, hecho que es reforzado mediante la formulación *exclamó a gran voz*.

Formalmente el texto presenta en el v. 42 una bendición con carácter de bienaventuranza (macarismo), retomado en el v. 45. María es destinataria de esta bendición no por su maternidad en sí, sino en cuanto mamá del Mesías. La formulación *entre las mujeres* tiene sentido superlativo: María es la más bendecida de las mujeres.

En la cuidadosa pregunta del v. 43 se prefigura parte de la futura relación entre ambos personajes: tal como Juan el Bautista se someterá en el futuro a Jesús, Elisabet lo hace aquí con relación a María.

El macarismo de Lc 1,45 contiene la primera bienaventuranza del evangelio, presentada en tercera persona, al mejor estilo semítico. Hay un interesante paralelo con la última bienaventuranza del evangelio según Juan (Jn 20,29). Ambas frases sintetizan la regla y la ley fundamental del nuevo pacto: el que cree, será salvo.

Queda confirmado el rol de María como creyente, por lo cual la Palabra puede cumplirse en ella. María es la madre del Salvador por ser la que creyó y cree.

Ambas madres se relacionan mediante un vínculo de simpatía mutua y una profunda fe en la actuación de Dios, en un contexto en el que se contaban por centenares las historias de apariciones, ángeles, curanderos, milagrosos, taumaturgos, sueños, charlatanes y embaucadores. Elisabet y María creen, y eso les proporciona un lugar decisivo. Elizabeth, llena del Espíritu Santo, es capaz de comprender lo que está sucediendo con María, la futura mamá del Mesías. Es decir, el Espíritu Santo permite “captar” el obrar de Dios. En María, por su parte, se cumplirá lo anunciado gracias a que ella también creyó.

Las palabras de Elisabet tienen tono poético como las del canto de María, el Magnificat (Lc 1,47-55) y de Zacarías, el Benedictus (Lc 1,68-70).

Reflexión teológica

María cree en el anuncio del nacimiento de Jesús, el Hijo del Altísimo; pero un anuncio tan extraordinario necesita ser compartido. Ella queda sola con esta noticia excepcional. Muy bien podemos imaginarnos que necesitaba comunicarla a otras personas. Necesitaba una comunidad de contención, aunque sea una comunidad muy pequeña. La soledad total frecuentemente es un horrendo caldo de cultivo para las plantas tóxicas de la duda, la desesperación y la depresión. Pero Dios mismo se preocupó por brindarle a María una ayuda

correspondiente: la remite a su parienta Elisabet, embarazada luego de vivir durante toda su vida como mujer estéril. Viendo la situación bajo esta perspectiva de la necesidad de contención, se comprenderá también mejor el sentido profundo de las diferencias entre ambas mujeres como también los elementos llamativos: Elisabet puede ser algo así como una madre experimentada para la jovencita; y ambas comparten dos experiencias difíciles y sensacionales a la vez: un embarazo totalmente impensado y un significado peculiar que Dios atribuirá a sus respectivos hijos.

El texto realza así la importancia de la comunidad de fe y del fortalecimiento mutuo. En cierta manera se anticipa aquí lo que un buen tiempo después se llamará *la comunión de los santos* en ese resumen de la fe cristiana que llamamos *Credo Apostólico*.

La mujer más bendecida entre todas las mujeres emprende sola y en silencio un viaje no exento de riesgos e incluso de graves peligros. He aquí una prefiguración de la paradoja de la bienaventuranza. El profundo gozo por ser la madre del Mesías será turbado por la muerte extremadamente violenta del hijo; la comprensión que María manifestó al ángel en el momento del anuncio dará lugar a una incomprensión ante las primeras actuaciones públicas de Jesús. Bien lo anticipará el anciano Simeón (Lc 2,35): *Una espada traspasará tu misma alma*. El ser elegido o elegida por Dios no significa una vida holgada y acomodada, sino más bien con frecuencia una combinación complicada de alegría y tristeza. El privilegio de ser instrumento de Dios implica satisfacción, gozo y afirmación personal; pero al mismo tiempo disposición, entrega, testimonio, arduo trabajo. Esto no tiene nada que ver con la pretensión de obtener méritos por quién sabe qué tipo de sacrificios, como si tuviéramos que agregar algo a lo que realizó Jesús; sino simplemente con una visión realista de lo que implica ser testigo del amor de Dios, que con frecuencia tomará formas contraculturales, pues la testigo, el testigo, tendrá que “remar contra la corriente”.

Sugerencias homiléticas

- La necesidad y el valor de la comunidad de contención. En ella podemos compartir tanto las experiencias de fe como todas las situaciones de la vida cotidiana.
- En el encuentro de la comunidad de fe también podemos vivir y “procesar” la paradoja de la bienaventuranza, esa compleja amalgama de alegría y dificultades, gozo y abnegación, satisfacción y compromiso.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 045 – Diciembre 2003**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina*Este material puede citarse mencionando su origen**Responsable para el mes de Diciembre de 2003: René Krüger***Jueves 25 de Diciembre de 2003 – Navidad**Salmo 98; Isaías 62:10-12; Tito 3:4-7; *Lucas 2:1-20***Introducción**

El texto previsto para el culto navideño es muy denso y seguramente algo extenso para una predicación. Pertenece al relato mayor sobre el respectivo anuncio, nacimiento e infancia de Juan el Bautista y de Jesús. Juntamente con la genealogía de Jesús, el bautismo y la tentación, constituye una sección de preparación, por lo cual no conviene hablar simplemente de “historias de la infancia”, sino más bien de preparación de ambos personajes.

El texto de Lc 2,1-20 forma una unidad dentro de todo ese conjunto y corresponde a la unidad de la Anunciación de Lc 1,26-38, según el modelo preferido por Lucas de promesa – cumplimiento. Por otra parte, el relato navideño guarda una cierta independencia que se manifiesta en el hecho de que no hay referencias a la anunciación (Lc 1,26-38).

Internamente, Lc 2,1-20 se subdivide en una ubicación cronológica y situacional con los datos sobre el censo, vs. 1-5; el nacimiento de Jesús, vs. 6-7; el anuncio a los pastores de Belén con el canto de los ángeles, vs. 8-14; y la visita de los pastores a la familia, v. 15-20.

Como cada una de estas subunidades contiene numerosos elementos teológicos, proponemos leer el texto completo Lc 2,1-20 en el culto de Navidad y concentrar luego el sermón sólo sobre la primera parte, Lc 2,1-7.

Estudio exegético

Lucas sitúa el evento del nacimiento de Jesús en un momento preciso de la historia imperial: el empadronamiento ordenado por el emperador Augusto (en el mando desde el año 30 a. C. hasta el 14 d. C.). El emperador de nombre Octaviano había recibido el título de Augusto en el año 27 a. C. del Senado romano. Esta designación provenía del lenguaje cultural y denotaba una elevación sagrada. En griego se decía *sebastós*. En Roma aún no se trataba de una divinización propiamente dicha, pero el proceso tendía a ello, sobre todo en la parte oriental del imperio. En el año 2 d. C. Octaviano Augusto recibió un nuevo título: *Padre de la patria*; y después del año 27 se generalizaron los templos dedicados a la diosa Roma y a Augusto en todo el oriente, penetrando la ideología del culto al emperador paulatinamente también en el occidente, convirtiéndose en un decidido vínculo de la unidad del imperio romano y de pertenencia o lealtad incluso fervorosa a ese bloque histórico. Es decir, cuando Lucas escribe

su evangelio, el culto al emperador romano se halla fuertemente instalado y es materia de reflexión teológica polémica en los ambientes cristianos.

Mucho se ha investigado, discutido y escrito sobre el censo referido por Lucas, y es imposible presentar aquí todos los análisis hechos. Diremos tan sólo que Lucas habla aquí de uno de esos registros de toda la población, realizados periódicamente, que en este caso obligaban a la gente a trasladarse a sus propiedades (pudiendo tener David algún lote en Belén, por provenir de allí). Con frecuencia, estos censos provocaban en algunas provincias (Galia, Siria) la resistencia sangrienta por parte de la población. Comúnmente la recaudación de impuestos se basaba en los censos. En Hch 5,37 Gamaliel recuerda otro censo que provocó la revuelta de Judas el Galileo. El autor judío Flavio Josefo también menciona este hecho.

El traslado de Nazaret (Galilea) a Belén de Judea permite vincular mejor a Jesús con su ascendencia davídica, dado que David provenía del mismo pueblo. Aquí radica un punto de enlace entre la historia “secular” y la historia salvífica, con un sesgo peculiar que le da el evangelista: los hechos de la historia del imperio deben servir al proceso de la historia de la salvación. Por otra parte, el texto implícitamente excluye la vía de oposición violenta al censo.

De interés especial es el término traducido por *todo el mundo* en el v. 1, en griego: *oikouménê*. Se refiere a la *parte habitada de la tierra*, el mundo, la *tierra habitada*; los *habitantes del mundo*: la *humanidad*; y, en un sentido más restringido, al imperio romano y sus habitantes. Es el que Lucas da aquí al término.

Conjugando diversos datos (cálculos cronológicos relacionados con los censos, el primer mandato de Cirenio en Siria – posiblemente a partir del año 12 a. C. –, el reinado de Herodes el Grande que terminó en el 4 a. C., la triple conjunción de Júpiter y Saturno en el 6 a. C. que podría haber ocasionado el viaje de los llamados magos del oriente a Israel), se obtiene como año más probable para el nacimiento de Jesús el 6 antes de la era común.

De manera casi imperceptible el texto pasa del contexto geopolítico imperial al contexto familiar más íntimo de José y su prometida. De manera totalmente lacónica el texto establece que María estaba encinta. Como si no se recordara nada de todo lo dicho en el cap. 1.

En el v. 7 el evangelista pinta con rápidas pinceladas el cuadro central de lo que posteriormente llegó a adquirir tanta fama: el niño colocado en un pesebre, su madre al lado de él (y eventualmente un José al otro lado). La expresión *hijo primogénito*, además de su significado natural referido al primer hijo o hijo mayor de la familia con varios hijos, también conllevará un significado figurado referido a Jesucristo como el Hijo preexistente y Único del Padre celestial (Hebr 1,6); el Único que existía antes que toda la creación (Col 1,15); el Primero que resucitó de entre los muertos (Col 1,18; Ap 1,5); la Cabeza de una familia espiritual compuesta por muchos hermanos (Rom 8,29).

El *pesebre* no tenía nada de romántico, como nos lo han inculcado las representaciones posteriores de la escena del nacimiento de Jesús. Se trataba de un comedero dentro de un establo para los animales; ubicado posiblemente – si seguimos la indicación de Justino Mártir y la tradición vinculada a la Iglesia de la Natividad de Belén – dentro de una cueva, como las que abundan en los alrededores del pequeño poblado. Ciertamente no se trataba de un bastidor de madera (como las representaciones actuales), sino más bien de una especie de batea hecha de arcilla o directamente de piedra.

El establo también podía haber estado conectado directamente con la posada. Éstas solían tener espacios para los animales (asnos, camellos y otros) de los viajeros que se alojaban de

paso en el albergue. La falta de lugar en el mesón – que de por sí no era ningún hotel de lujo, sino un hospedaje más que humilde – se debió sin duda a la afluencia de gente por el censo.

Reflexión teológica

La fe cristiana tiene una estructura histórica, no mítica. Sus hechos fundantes – la encarnación, la crucifixión, la resurrección – sucedieron en momentos y lugares históricos y constituyen los datos sobresalientes de la vida de un personaje histórico. Una serie de personas concretas nos transmitieron su testimonio de estos hechos mismos. Es más: esos hechos fundantes se desarrollaron en confrontación con hechos, situaciones y representantes de los poderes político, social, económico y religioso de la época. Esto puede verse en la estructuración misma de los relatos evangélicos.

El texto navideño comienza hablando de un edicto promulgado por la autoridad descollante del gigantesco imperio y concluye con un humilde niño depositado en un establo para animales. Es casi imposible imaginarse un contraste mayor en cuanto a las dimensiones del significado de ambas figuras: la cabeza del universo conocido en aquel entonces y un bebé en un lugar inmundo. Palacios, castillos, legiones, desfiles, abundancia, lujo, derroche por un lado; y ni siquiera una cama en una humilde choza, sino un establo o una cueva para animales por el otro. Creer que esa criatura tiene algo de especial es un acto heroico de fe; y más aún lo es creer que es el enviado de Dios, el Mesías o Cristo, el Señor y Salvador. La oposición entre lo visible, evidente y palpable por un lado y la profundidad insondable y misteriosa de la fe da forma sustancial al relato de la escena angelical, pues la alegría en el cielo y su efecto sobre los humildes trabajadores se basa sobre el anuncio de Dios y no sobre lo que está a la vista.

El pesebre constituye una clave de identificación en el doble sentido: será la señal para los pastores, y es una señal de las circunstancias pobres del nacimiento del niño de una familia de escasos recursos, que se ve obligada a realizar un viaje no precisamente deseado, agravado por un embarazo. Ahora la criatura yace fuera del espacio habitado por los humanos, en un lugar que comúnmente les pertenece a los animales. Posiblemente la referencia a los pañales quiera remitir a la verdadera humanidad de ese niño. Aquí no hay nada que pueda sustentar las futuras especulaciones docetistas (es decir, una “encarnación” tan sólo aparente de Dios) o las fantasías de algún evangelio apócrifo de la infancia que hará del recién nacido un milagrero automático. Aquí sólo hay humanidad, humildad, marginación, pobreza. Un Dios encarnado en la cotidianidad de los esfuerzos de la gente pequeña y sin poder.

A partir de aquí el evangelista trazará la conjunción de Dios con los pobres y humildes a través de todo el ministerio de Jesús, cosa que comienza directamente con el relato de los pastores. Con esta historia se construye la primera comunidad de fe en torno al Niño. A su vez, el anuncio del ángel, con tanta carga soteriológica, también proporciona un sentido histórico-salvífico a la ubicación geográfica del nacimiento en Belén, pues la misma iba al encuentro de una tradición profética y las expectativas populares según las cuales el Mesías debía ser descendiente de David.

Ubicar la llegada de la salvación en ese rincón olvidado del mundo, que apenas tenía importancia para unos pocos nostálgicos que soñaban con un imperio que había pasado por un breve esplendor diez siglos atrás, significa polemizar frontalmente con las pretensiones divinas del emperador de Roma cuyo nombre de por sí ya es todo un programa: Augusto, el Divino. Es polemizar con una política estatal que está apuntando a la veneración religiosa de la máxima autoridad del imperio como figura integradora. Es afirmar una opción contracultural

de Dios e invitar a la fe en ese Dios que llega a nosotros y nosotras en el niño Jesús, el Salvador que no aparenta serlo, el Mesías sin brillos ni resplandores.

Sugerencias homiléticas

Toda reflexión homilética debe partir de las expectativas y la situación de la comunidad. Esta regla fundamental de todo trabajo homilético debe aplicarse especial y radicalmente a las ocasiones festivas y los eventos solemnes: Navidad, Viernes Santo, Pascua, pero también bautismo, bendición nupcial, sepelio, aniversarios.

Sobre todo la Navidad provoca un sinnúmero de sensaciones y expectativas. De todas las fiestas del año litúrgico es la que más ha sido acaparada por la sociedad en general y por el comercio en especial, llegando a adquirir un sinnúmero de significados que con frecuencia ya no tienen nada que ver con su sentido original, o que a lo sumo constituyen derivados del mismo. Con la Navidad se han asociado el pesebre, la familia, cultos solemnes, alegría, la misa de gallo, profundos deseos de paz y amor; pero también el jolgorio, opíparas comilonas, pandulce y sidra, brindis, mucho alcohol, el Papá Noel, el pavo, el lechón, las nueces, cohetes, regalos, el arbolito, música dulzona, el aguinaldo (llamado “gratificación navideña” en algunas culturas), decoraciones, tarjetas, vidrieras repletas, ofertas tentadoras, viajes, gastos excesivos que lindan con el derroche, un deseo perforado y vaciado de “Feliz Navidad”, todo tipo de basura en el e-mail y en Internet, jarana y parranda...

En medio de estas turbulencias del alboroto de una Navidad transformada en negocio y a la vez en intento desesperado por obtener una fracción de felicidad, está la comunidad que deseará celebrar su Navidad en la iglesia. ¿Cuáles son las expectativas de las personas que llegan al culto de Nochebuena o Navidad? ¿Qué recuerdos viven en ellas? ¿Con qué asocian la celebración navideña? ¿Qué sentimientos les provocan la propaganda comercial, el agitado ritmo de estos días? ¿Qué esperan de la fiesta en sí? ¿Qué lugar ocupa Cristo mismo en medio del cúmulo de datos asociados con la Navidad? ¿Cómo la gente asocia a Cristo con todo lo demás que envuelve, encubre y complica la Navidad?

La predicación puede partir de la tajante oposición entre el enorme imperio romano y el paupérrimo pesebre, entre la autoridad terrenal suprema de aquel entonces y un recién nacido en una cueva postergada en algún lugar del Oriente, para plantear entonces el “salto” de la fe: creer en Jesucristo, en el Dios encarnado, implica creer contra toda apariencia; significa arriesgarse y colocar su confianza en alguien que para los criterios comunes es insignificante y demasiado humilde. De allí la predicación puede pasar a la oposición flagrante entre el imperio comercial y social de los desbordantes festejos de la Navidad en nuestra sociedad actual, y la escandalosa falta de lugar para el Salvador. Por lo visto dos mil Navidades no lograron convencer a la humanidad de que Dios no se muestra en lo ostentoso y ruidoso, sino en lo humilde, en la cruz, en el dolor, en el perdón, en la paz y en el Cristo de Belén.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 045 – Diciembre 2003**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001**

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina*Este material puede citarse mencionando su origen**Responsable para el mes de Diciembre de 2003: René Krüger***Domingo 28 de Diciembre de 2003**Salmo 111; Jeremías 31:10-13; Hebreos 2:10-18; **Lucas 2:41-52****Introducción**

Lucas es el único de los evangelistas que ofrece un relato sobre el joven Jesús. La historia tiene dos conclusiones que la vinculan con los textos anteriores. El aprecio por el templo también constituye un importante vínculo con lo precedente. El tono es sobrio, centrado en la sabiduría y la filiación divina de Jesús, a diferencia de relatos apócrifos posteriores, repletos de características milagrosas y milagreras. El texto tiene paralelos interesantes en narraciones sobre otros personajes célebres que manifestaban ya en su infancia una gran madurez espiritual y ciertas características de su futura misión. Hay relatos de este tipo sobre Ciro, Alejandro Magno, Apolonio de Tiana y otros.

Además de sus contenidos teológicos (sabiduría y filiación divina), no por último el valor de esta breve historia radica en que es el único relato que tenemos de todos los años entre el nacimiento de Jesús y su actuación pública, iniciada cuando tenía aproximadamente 30 años (Lc 3,23).

Estudio exegético

El viaje de la pequeña familia de Nazaret a Jerusalén se enmarca en las disposiciones legales del pueblo de Dios. Originalmente se exigía que todos los varones de Israel se trasladaran tres veces al año a Jerusalén para celebrar las principales fiestas: la Pascua, Pentecostés y la fiesta de los Tabernáculos (Ex 23,17; 34,23 y Deut 16,16). Los rabinos discutían sobre la obligatoriedad de la participación de las mujeres y los niños en estas peregrinaciones. Por su parte, la dispersión del pueblo por toda la cuenca del Mediterráneo y la Mesopotamia convirtió los tres viajes en un sueño imposible de realizar. Pero los judíos religiosos que moraban en la tierra de Israel hacían todo lo posible para peregrinar a Jerusalén por lo menos en Pascua, generalmente en grupos y comitivas enteras. El texto nos narra que el matrimonio realizaba anualmente este viaje (a pesar de que la Torá no lo requería de las mujeres). El trayecto entre Nazaret y Jerusalén podía implicar unos cuatro días de caminata.

Un segundo marco viene dado por el hecho de que a los trece años un muchacho judío llegaba a ser un “hijo de la Ley” y comenzaba a observar los mandamientos y las ordenanzas. Jesús se anticipa en cierta manera a esta madurez, evidenciándola ya a los doce y sobrepasándola con creces.

Durante el regreso, José y María notan la ausencia del muchacho. Como las mujeres generalmente encabezaban las caravanas y los varones la cerraban, José habrá pensado que Jesús estaba con María y ésta que el niño viajaba con José. El verbo empleado aquí para *buscar*, *anazêtéô*, contiene la partícula *aná* que refuerza el verbo común *zêtéô*. Vuelven a Jerusalén y finalmente encuentran al joven en el templo, posiblemente en la terraza donde los miembros del Sanedrín solían ofrecer instrucción pública los sábados y días de fiesta.

Digamos que no es tan común encontrar a un muchacho de doce años escuchando con vivo interés cuestiones sobre la vida, la religión, la trascendencia, las tradiciones; pero tampoco es algo totalmente extraño. Hay jóvenes con una gran sensibilidad para estas cuestiones. Toda mamá, todo papá sabe que con frecuencia no puede seguir respondiendo las preguntas de sus hijas e hijos. El joven Jesús evidentemente tenía una sed especial por aprender, y empleó para ello el método típico de los jóvenes de su edad: escuchar y preguntar. Pero aquí se introduce una novedad: Jesús también daba respuestas propias. No es demasiado complicado plantear preguntas difíciles, pero Jesús entró en un intercambio intelectual con los sabios. Eso fue lo que llamaba la atención. No estamos, pues, ante una típica escena de aprendizaje, sino ante un cuadro de diálogo.

Nótese que aquí tenemos las primeras palabras de Jesús registradas en un evangelio: *¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que me es necesario estar (o: que debo estar) en las cosas de mi Padre?* Justamente estas primeras palabras introducen la primera “fisura” entre una vida “común” de un muchacho judío de la época y la vida mesiánica de Jesús. La traducción de Reina-Valera *En los negocios de mi Padre* no es la más adecuada. La formulación griega apunta más bien a *la casa de mi Padre*. Se anticipa aquí la conciencia mesiánica que hará eclosión en el bautismo de Jesús (Lc 3,21-22) y en la tentación (Lc 4,1-13).

El verbo empleado para hablar de la *necesidad* o el *deber* tiene una carga altamente teológica. Es el verbo griego *dei*, forma impersonal de *déô*, *atar*; y expresa compulsión, necesidad, inevitabilidad; deber y obligación; lo que corresponde. En sentido teológico llega a expresar la voluntad de Dios o la ley. Lucas construirá con este verbo diversas frases relacionadas con la obra histórico-salvífica de Jesús: la necesidad de la predicación, el testimonio, la curación de la mujer encorvada, la fiesta al regresar el hijo pródigo, la oración, el encuentro con Zaqueo. Particular importancia adquiere el *dei* en el anuncio de la pasión de Jesús y en las reflexiones sobre el camino del Mesías a través de la crucifixión a su gloria (Lc 24,7.26.44). En todas las citas se expresa la conciencia mesiánica de Jesús; y Lc 2,49 es el anticipo de esta cadena de *deberes* u *obligaciones* que colocan a Jesús en el lugar del intermediario de la salvación entre Dios y los seres humanos.

La referencia a la incompreensión en el v. 50 pareciera ignorar toda la preparación previa de María. En materia de fuentes literarias esto puede ser indicio de que la narración completa se compone de una serie de materiales de diversos orígenes; a nivel redaccional puede pensarse también en una referencia a una aceleración de la conciencia mesiánica de Jesús, que a lo largo de todo el evangelio siempre estará “un paso más adelante” que la fe y la comprensión de sus interlocutores. La falta de comprensión de María contrasta a su vez con la sabiduría del joven.

Lo nuevo irrumpe con fuerza mediante el calificativo de *Padre* para hablar de Dios (y no, p. ej., *el Señor*, *el Altísimo*). Es necesario rescatar la inmediatez de la relación de Jesús con Dios a partir de esta designación a invocación como *Padre* y más familiarmente – en arameo – *Abba*.

Luego de establecer claramente la pertenencia “superior” de Jesús, el evangelista prosigue con el trazado de la cotidianidad, destacando la reintegración, por así decirlo, de Jesús en su hogar. Durante los próximos 18 años permanecerá en Nazaret (Lc 3,23), aprenderá el oficio de carpintero y será tenido por hijo de José (que será mencionado por última vez en Lc 3,23 y 4,22).

El relato concluye con dos síntesis. La primera, referida a María, es similar a la de la historia de los pastores de Belén y afirma el valor especial de este incidente. Caracteriza a María como una persona que escucha la palabra (de Dios y la historia de su hijo) y la guarda, convirtiéndose así en paradigma para las personas creyentes. La segunda síntesis es paralela al cierre de la presentación del bebé en el templo y destaca los avances en sabiduría, edad (o estatura) y gracia ante Dios y la gente. La sabiduría es cualitativamente superior a saberes y conocimientos. Remite a la ancestral sabiduría de Israel, vinculada con el temor de Dios y proveniente de él.

Breve reflexión teológica

El breve relato contiene dos motivos teológicos: el de la sabiduría y el de la verdadera filiación de Jesús. El muchacho de doce años, sentado en medio de los grandes maestros, demuestra que comprende las cosas difíciles. En su respuesta a María, formulada como dicho sapiencial en forma de pregunta retórica, indica quién es su verdadero Padre. Esta combinación de sabiduría y filiación es particularmente importante para Lucas, ya que es la primera vez que Jesús habla en público. Ese Jesús, anunciado como *Hijo del Altísimo* (Lc 1,23), presentado en el templo (como propiedad) al Señor (Lc 2,22-23), da a entender que él es el Hijo de ese Padre (Lc 2,49).

María y José no comprenden el incidente. Esta incomprensión prefigura la falta de comprensión “clásica” de los discípulos y muchas personas más frente a enseñanzas, acciones y anuncios de Jesús.

El remate del texto tiene un valor metafórico: quienes se ponen a disposición de Dios, crecen ante Él y los demás.

Sugerencias homiléticas

El sermón podría trabajar los dos temas centrales de la historia y proyectarlos sobre la vida de la comunidad de fe:

- La sabiduría de Jesús apunta a la sabiduría de la fe, a la que tienen acceso todas las personas que creen en él.
- La filiación de Jesús nos convierte en hijos e hijas de Dios. La incomprensión que suscita el hecho de “nadar contra la corriente” es ampliamente compensada por la alegría de pertenecer al Señor.